

ROSA Y AZUL



SUMARIO Nuestra opinión: Á la Sra. D.^a Angeles B. Ruiz.—La mañana (poesía), por S. Camunéz.—Cuentos del concurso: El orgullo.—La vocación, por María Tesla Osentes.—Colaboración infantil.—Curiosidades: El lenguaje de las hormigas.—De la Tierra á Mercurio, por José López-Amor.—Entretenimientos infantiles: Sillas económicas, por Nieves Campa.—Hombres ilustres: Don Ramón Campoamor, por Angel Pérez Martín.—Historietas cómicas.—Correspondencia.—Pasatiempos.—Y las divertidas

Aventuras de un pequeño filósofo.

24 páginas, 15 céntimos

ADVERTENCIA

En este número terminan las suscripciones que empezaron por un año, á contar del 1.^o Véase lo que acerca de las renovaciones decimos en la página 3.^a de la cubierta, y las próximas reformas de ROSA Y AZUL.

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Trimestre.....	1,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista.....	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista.....	12 —

Nuestros regalos de Febrero

A todos los que en este mes se suscriban por un año, les regalaremos los folletines que van publicados (la mitad de la obra) de las **Aventuras de un pequeño filósofo** y un magnífico mapa.

A los que sólo lo hagan por seis meses, los folletines.

Córtese el adjunto cupón y remítase acompañado de su importe.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su im-
porte en (1)
..... de de 1905.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, del Giro Mutuo, Sobre monedero ó metálico.

No se admiten sellos de Correos

PARA COLEGIALES

Los trajes de mejor forma los hace y reforma más baratos que nadie, PEDRO S. CIMARRA, sastre práctico. ✂

San Bernardo, 56, frente á la Universidad.

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

NUESTRO CONCURSO



ANGELITA REGUERA ANTÓN
(SIETE AÑOS)

Habitante en Segovia, Plaza Mayor, número 20

(Número 38 de las admitidas)



Nuestra opinión.

A la Sra. D.^a Angeles B. Ruiz.

Nos dice usted, señora, que el pensamiento de su ya próxima maternidad le hace sentir inmensa ternura por todos los niños y una gran simpatía hacia ROSA Y AZUL, que es de los niños amigo fiel y cariñoso; que ha leído con encanto los consejos del Dr. Ulecia y se propone seguirlos, porque usted no quiere que su hijo, criado entre algodones, sea una pobre criatura pazguata y enfermiza, temerosa de la humedad de la noche y de la frescura de la mañana, de la lluvia y del sol, víctima el día que vaya al Colegio y al Instituto de sus fuertes y no bien intencionados camaradas, sin alientos para empuñar el fusil ni cargar con la mochila, vencido antes de betallar en la lucha sin cuartel por la existencia.

No; á usted, madre llena de ilusiones, amando entrañablemente al aún *non nato* hijo—quiere usted suponer que va á ser hijo, ¡es el primero!—, le espanta aquella idea. Usted reprimirá los irreflexivos impulsos que le lleven á culpables condescendencias; usted reglamentará higiénicamente la vida del chiquitín; usted no se hará reo de esos *peca-*

dos físicos, según la frase de Spencer, que agostan prematuramente tantas existencias. Porque usted quiere que su hijo sea un muchacho vigoroso, de sólidos músculos y acerrados nervios, decidido y valiente, capaz de dar un buen puñetazo si la ocasión se le presenta. Esto es algo brutal. Pero usted estima que es preferible golpear á ser golpeado, y que un puñetazo á tiempo tiene su estética.

Yo estimo en mucho estos propósitos de usted. Y para animarla á realizarlos, agradecido á su amistad por ROSA Y AZUL, quiero consagrar á usted esta página. Dejemos volar á la loca de la casa. Soñemos...

Su hijo de usted ha nacido. Al nacer ha hecho unos gestos muy extraños, ha abierto los ojos mirando á los que se inclinaban hacia él con ávida curiosidad, y dando evidentes señales de disgusto, los ha vuelto á cerrar. Después ha acentuado este sentimiento con un lloro tan desconsolado y tan excеси-

vo, que ha hecho concebir á sus parientes pésimas ideas sobre su carácter.

Felizmente éste ha mejorado. Y no sólo muestra su gozo cuando ubérrima se descubre para él la fuente de la vida, ó cuando su padre le pasea cantando la Marcha Real, sino cuando le desnudan para meterlo diariamente en el baño. Entonces lanza sonidos de un idioma exótico, cuya elocuencia, desgraciadamente, nadie alcanza á comprender; y al hundirlo en la tina, cuando la esponja vierte un tibio chaparrón sobre su cabeza, cierra los ojos y arruga la cara con expresión muy cómica. Luego, al abrirlos, sonrío á su madre, que le llama á un tiempo, y con incongruencia notoria, sol, lucero, perla y rey del mundo...

Pasa el tien po y su hijo de usted crece. Como ninguna grave enfermedad ha entorpecido su desarrollo, á los cinco años está

Ya en todo se mezcla y lo pregunta todo, con curiosidad insaciable, charlatán como una cotorra.

Pero usted, condescendiente con lo que es travesura é ingenuidad, mantiene rígida los preceptos de la higiene. Alimentación, ejercicio, aire, agua, son para usted las fuentes mágicas de donde brota la salud del niño que la hace tan dichosa y á él tan alegre y simpático. Bien que usted, si no peca por carta de menos, tampoco lo hace por carta de más, pues lo mismo que tiene un director espiritual, tiene un director físico. Y el médico no es el ser evocado en los trances supremos, en las crisis mortales, sino el amigo afectuoso que previene y evita. No se le mira como nuncio de tristezas, sino como portador de alegría y felicidad.

Y yo me represento á su hijo de usted en ese niño vigoroso que hace gimnasia al aire



tan alto y tan fuerte, que parece tener ocho. Ya se sienta á la mesa en su silla—un poquitín, sólo un poquitín más alta que las otras—y come con los papás. Ya todo lo trastorna y desarregla en la casa, y su exceso de vida se traduce en intranquilidad para el gato.

libre, en la sombra perfumada de un jardín. Mientras él desarrolla su pecho con las poleas, su hermanita—porque han pasado cinco años, señora—recoge flores. Es el ramillete que la entregará á usted al volver.

Ese ramo adorna la mesa. ¡Y con qué ape-

tito comen ambos niños! A usted misma se le despiertan las ganas de verles así comer. Y luego, pasada esa primera hora del calor, que usted aprovecha para ir formando su inteligencia y su alma, otra vez al jardín, á correr, á jugar, á respirar libremente, á perseguir mariposas, que son como ilusiones; á coger flores, que son como esperanzas.

Por el verano—usted, señora, disfruta de un dichoso bienestar—le lleva usted á la playa. Y allí, resguardada la cabeza bajo el gran sombrero de paja, hundiendo con delicia los pies desnudos en la arena, formando castillos que una ola destruye, busca caracoles y conchas, ó bien avanza intrépido por el mar para lanzar sus barcos... Y sus pulmones se fortifican al respirar la brisa marina, cargada de iodo, y su delicado cutis se broncea, y sus ojos brillan, llenos de animación. ¡Felices los niños que pueden ir á las playas!

Pero su hijo de usted, sobre esta privilegiada condición, y sobre la continua y cariñosa vigilancia materna, tiene algo que, aunque de carácter moral y no mencionado por los tratadistas de higiene, es como el complemento de sus máximas. Cuando el niño vuelve á casa después de haber jugado en la gran alegría del aire libre, no encuentra ros-

tros ceñudos y malhumorados, palabras regañonas que descargan en él la tristeza de espíritus sombríos; usted, al verle de vuelta de paseo, domeña sus penas, oculta esas ínfimas contrariedades que tanto amargan la vida de los mayores... Y sonríe á su hijo. Porque sabe usted que de nada le servirán todos estos afanes, el vivir en medio de la comodidad, y aun del lujo, si en torno suyo no florece la alegría. La alegría es luz para el alma y para el cuerpo. Y sin luz las plantas se mustian y los niños languidecen.

Ya su niño ha crecido tanto... que no es niño. Ya, entregado á estudios formales, pasa casi todo el día fuera de casa y se emancipa de sus tiernos cuidados. Pero no importa. Ha hecho costumbre, y por natural impulso cuidará su vida física, que es base de su vida moral—*mens sana in corpore sano*—, y amará el agua, el aire, los campos, el sol, el padre sol... y será fuerte, bueno y animoso.



Hemos soñado un poco, señora. No olvide usted sus propósitos, y estos sueños se convertirán en dichasos y fecundas realidades.

ROSA Y AZUL.

LA MAÑANA

*Ténue rayo de luz tiñe el Oriente.
Se enrojecen las altas lejanías.
De la tierra adormida, dulcemente
se levantan sonoras armonías.*

*Vibran risas y cantos por doquiera.
Surgen ámplios tapices de esmeraldas,
y ante el disco solar que reverbera
se coronan los campos de guirnaldas.*

*«¡Ese grato calor me ha conmovido!»,
dice el céfiro leve susurrando.*

*«¡Ya la vida inmortal ha renacido!»,
canta el límpido arroyo murmurando.*

*«¡Oh! ¡Bendiga el Señor la clara lumbre
que devuelve á mi espíritu la calma!»,
trina el ave parlera, que en la cumbre*

de la etérea región dilata el alma.

*«Tú me prestas calor!», dicen las rosas.
«¡Quiere alzarme hasta Ti!», clama el rocío;
y embriagadas de luz las mariposas
dicen llenas de amor: «¡Gracias, Dios mío!»*

*Y del bosque colmado de verdores,
de las vegas envueltas por las brumas,
de los sáudos torrentes bullidores
y del iris que esmalta las espumas*

*surge acorde, sereno y cadencioso
el cantar de la vida soberana.*

*¡Oh! ¡Cuán grato, dulcísimo y hermoso
es el himno triunfal de la mañana!*

*Y entre frases de amor, murmullos, besos,
regocijo, caricias, cantos, fiesta,*

arreboles, sonrisas y embelesos
mira el Kosmos, doquier, la mesa puesta.

No hay un sér que no encuentre la comida
que el Divino Hacedor le ha praparado;
que en los grandes festines de la vida
nadie está praterido ni olvidado.

Desde el leve microbio al elefante
todos hallan comida y subsistencia.
Para Dios no hay microbio ni gigante,
ni capricho, ni error, ni diferencia.



¡Solo el rey de la tierra, el hombre insano,
olvidando las leyes inminentes
del sublime y eterno Soberano...
ha llenado el planeta de indigentes!

S. CAMUNEZ.

CONSEJO MATERNO



—No os asusteis, que tirano Percébez,
frente á la escopeta es donde más seguros
estáis.

CUENTOS DEL CONCURSO

EL ORGULLO

AMBOS eran ricos é hijos de poderosas familias. Amigos íntimos y compañeros de colegio, los dos residían en la capital vizcaína. Uno de ellos, llamado Eduardo Polo, era cariñoso, humilde y caritativo; el otro, Federico Cámara, era bueno en el fondo, pero orgulloso.

Eduardo quedó huérfano á los diecinueve años, sin más amparo que su inteligencia, pues su padre murió después de haber perdido toda su fortuna. Federico se deshizo de la amistad de Eduardo para evitar, según él, que le importunara con sus quejas, y contrajo matrimonio con una marquesa que tenía más edad que él.

Eduardo, sin amparo de nadie, con un poco de dinero que reunió á fuerza de sudores, compró una barca y los instrumentos necesarios para hacerse pescador y mantener á su anciana madre, buscando en la mar la ventura que no pudo hallar en la tierra.

Era un hermoso día de verano. El sol difundía sus benéficos rayos inundando el horizonte de luz. Serían las siete de la mañana cuando en el puerto de Portugalete, donde actualmente veraneaba Federico, estaba anclado un precioso yate, propiedad de éste, modelo de barco movido por motor de gasolina.

Eduardo, muy cerca del yate, preparaba su barca para hacerse á la vela. Poco después de la hora indicada apareció en la escalerilla del embarcadero un hombre elegantemente vestido; era Federico que, con otros amigos, pasó á bordo y dió las órdenes oportunas para marchar. Eduardo le reconoció y le saludó con cariño. Federico contestó fría y secamente. Aquél, que no tenía fe en los inventos modernos, advirtió á su amigo el peligro de la gasolina con motor. Federico no hizo

caso; pocos minutos después el yate había salido del puerto.

¡Fué horrible! Cuando el precioso yate marchaba más esbelto sobre las tranquilas ondas, una inmensa llamarada azul, acompañada de un hórrido estampido, apareció en la cubierta del yate, que voló hecho pedazos.

Eduardo, que por allí pescaba, se arrojó de su lancha, y á nado se dirigió al sitio de la hecatombe. Haciendo inauditos esfuerzos, con los ojos fuera de las órbitas, estaba Federico que no sabía nadar.

Eduardo se acercó al que fué su amigo, y cogiéndole sobre sus hombros trató de ganar el sitio donde estaba su barca. ¡Vano esfuerzo! Sus cadáveres fueron arrojados unas horas después á la playa.

¡Pobre Eduardo! Murió por salvar á su ingrato amigo.

Lema: «HOMERO.»

(Número veinticuatro de los admitidos.)

EXAMINANDO



- ¿Qué son números complejos?
- Los que se componen de dos ó más números de diferentes especies.
- De manera que dos sillas, tres perchas y una palangana, ¿qué será?
- Una prendería.

CUENTOS DEL CONCURSO

Sr. D. Estanislao Maestre.

Muy señor mío: Le dirijo estas líneas para hacerle notar el grandísimo desahogo del que envió á su Revista el cuento *Las manzanas del tío Roque*, con destino al concurso. No recuerdo las condiciones á que éstos tenían que sujetarse para ser admitidos; pero supongo que la primera sería que fueran originales. Pues bien; el cuento citado es uno que figura en el libro *Cuentos de madres é hijos*, de Antonio Trueba, con el título de *Las diabluras de Periquillo*, diabluras que constan de varios episodios, uno de los cuales es el copiado por el poco escrupuloso remitente. Y no crea que ha podido suceder que siendo Trueba un autor que buscaba los asuntos de sus cuentos en tradiciones del pueblo, recogieran él y el remitente en la misma fuente el fondo de la historia y nada más. *Las manzanas del tío Roque* está casi copiado del lugar que cito, sin más que cambiar á Periquillo por Manolillo, al señor cura por el tío Roque, sustituir el pueblecillo de Vizcaya por Aldeahonda, y las brevas por manzanas. Por lo demás, hay párrafos enteros copiados; y, como es natural, con los cambios que ha osado introducir no ha hecho más que hacer perder al cuento su sabor local y la ingenuidad de todas las narraciones del inmortal Trueba. Yo, como entusiasta admirador suyo, pido castigo para el desahogado. Ábrase el sobre que contenga su nombre; expóngasele á la vergüenza pública, y no se le admita jamás otro *original* (1).

Mande lo que guste á su afectísimo seguro servidor, q. b. s. m.,

GREGORIO DE MUJICA.

Madrid, 15 Febrero 1905.

(1) Abierto el sobre como desea el Sr. Mujica, resulta firmante del cuento D. Eduardo de Santiago. Sólo al Sr. Santiago podía ocurrírsele semejante desahogo. Queda, pues, fuera de concurso el cuento.

— ❧ — LA VOCACIÓN ❧ —

Sus padres le querían enseñar á tocar el piano, á fin de que Luisín continuase aquella generación de músicos, alguno de los cuales había producido maravillosas obras. Pero el chico encontraba un enemigo en cada nota. Tenía verdadero horror al pentágono.

Cuantas tentativas hicieran resultaron infructuosas. Y ante aquella tenacidad, aquella rebeldía, no menos grande por salir de una alma infantil, dejaron al niño entregado á los estudios de la primera enseñanza, hacia los cuales tampoco sentía gran apego.

Sólo una cosa sugestionaba en grado sumo al pequeño Luis: la pintura. Por ésta sí que sentía gran vocación.

No podían regalarle mejor juguete que un lapicero ó una caja de pinturas. Con cualesquiera de ellos ya tenía asegurada la mamá de Luisín aquella paz que tanto aman las señoras bien ordenadas.

Hijo de artistas, de ello tenía el alma Luisín; y sus dotes pictóricas reveláronse bien pronto de un modo asombroso.

No era el muchacho aficionado á garraja-

tear como lo son los niños de ocho años; sus aficiones le llevaban á copiar cuanto se le ponía por delante. Y era de ver el parecido con que reproducía los objetos.

Un jueves por la tarde vino á buscarle su abuelo, y le llevó á pasear por el campo. Luisín gustaba mucho de estas excursiones en que podía contemplar la naturaleza á sus anchas.

Armado de papel y lápiz salió el pequeño acompañado de su abuelo y dispuesto á tomar algún apunte del paisaje.

Durante un buen rato, abuelo y nieto marcharon por las afueras; aquél, lentamente y encorvado por el peso de los años; éste, saltando y corriendo como un cervatillo.

El calor apretaba; el paseo había sido largo, y el abuelo comenzó á sentir los primeros síntomas del cansancio; y

aprovechando el sombrero que ofrecía un ventorro próximo, encaminóse á él; pidió un bock de cerveza y se sentó á descansar. En seguida sacó del bolsillo un periódico y se puso á leer.

La inspiración ó el diablo tentaron á Lui-



sín, quien, aprovechando la abstracción de su abuelo, hizo de él una caricatura perfectísima. Satisfecho de su obra mostróla al anciano, esperando un elogio merecidísimo; mas no era ningún Narciso el retratado, y al ver su *vera efigie* en el papel, tomó por ofensa la meritísima labor del pequeño y atizóle un tremendo bofetón.

En alma peor templada que la de Luisín, aquel bofetón tal vez hubiera sido causante de una sensible pérdida para el arte español, agostando en flor sus ilusiones; á él sólo le

sirvió de estímulo, pues comprendió que *algo* había visto el abuelo cuando le propinó tamaña *caricia*.

Muy joven era aún cuando obtuvo la segunda medalla por su hermoso cuadro *Amor maternal*; y nos refería aquella su primera *impresión* artística con lágrimas en los ojos, porque el abuelito no podía participar del entusiasmo y la alegría que embargaba á los padres del laureado pintor y á sus amigos, que éramos cuantos le conocíamos.

MARÍA TESLA OSENTES.

DE COLABORACIÓN INFANTIL

UN BUEN CORAZÓN

PABLITO vino un día con la cara muy triste á buscar á su madre que estaba en su cuarto.

—Mamá—le dijo—, hay en la cocina un pequeño deshollinador que usted ha hecho llamar para limpiar nuestras chimeneas. Es muy desgraciado, os lo aseguro. Sus vestidos están muy usados, su camisa hecha giros apenas cubre su pecho. Tiene los pies desnudos. ¿Me permite usted regalarle una de mis camisas y escoger la más nueva para que le dure mucho tiempo? Si usted quiere le daré un par de medias de lana que le serán también muy útiles. Entre mis zapatos tengo unos que aunque no están del todo nuevos le harán buen servicio. Consentid en que se los dé.

La madre cogió á su hijo en sus brazos y le cubrió de besos.

—Sí, hijo mío—le dijo—, accedo con mucho gusto á tu petición y estoy segura que Dios te bendicirá. Él quiere y colma de bendiciones á los que alivian á los desgraciados.

Traducido del francés por

GUADALUPE SELGAS (de once añ. s.).

EL NIÑO HONRADO

Pedro era hijo de una pobre viuda que tenía en la villa una tienda pequeña de frutas. Su madre le daba todos los días una cesta pequeña de mandarinas que iba vendiendo por la calle. Un día un señor le compró cinco y le dió por equivocación una peseta en vez de dos reales. Pedro metió el dinero en el bolsillo. Apenas el señor se marchó, el niño se puso á contar su dinero. Cuando la peseta le vino á la mano, cogió su cesta y corrió trás del comprador. En cuanto le alcanzó dijo:

—Señor; usted se ha equivocado al pagarme las mandarinas.

—¡Cómo!—respondió el señor.

—Usted me ha dado una peseta en vez de dos reales—dijo el niño.

—Es verdad—repuso el señor viendo el contenido de su bolsillo—; pero, ¿por qué te has tomado el trabajo de correr tanto?

—Mi madre me dice todos los días que no debo guardarme lo que no me pertenece.

—Llévame adonde está tu madre; quiero contarle lo que ha pasado y decirle que venga á educar á mis hijos; tú les servirás de modelo.

Traducido del francés por

MARÍA VICTORIA FRANCO.

pared de algunos pies de altura. Hacía poco que estaba en la suya, cuando oyó una voz de mujer que cantaba un aire lastimero en tono bajo al otro lado de la pared.

Gascoigne sabía cantar bien y tenía muy buena voz; agradóle la corrección de las notas, aunque nunca había oído aquel aire. Recostóse contra la pared fumando su cigarro, y escuchó.

La canción se repitió una y otra vez á intervalos, y Gascoigne pudo oír todas las notas, que resonaban claras y puras en el silencio de la noche.

Al fin cesaron, y habiendo esperado media hora en vano, se volvió á la cama tarareando la canción que tanto le había agradado.

Persiguióle ésta durante el sueño, resonando en sus oídos cuando despertó, como sucede con cualquier música nueva que nos agrada, y antes que estuviera dispuesto el almuerzo, había puesto á la música palabras inglesas, y las cantó una y otra vez.

Preguntó al vicecónsul quién vivía en la casa inmediata, y le contestó que era un viejo moro á quien creían muy rico. Tenía una hija pedida por muchos en matrimonio, no se sabe si por su riqueza ó por su hermosura. Gascoigne no hizo más preguntas, y salió con Juan y el capitán Hogg para ir á bordo é inspeccionar el agua que se había llevado para los bueyes.

—¿Dónde ha aprendido usted esa música, Gascoigne? — preguntó Juan—. Es muy bonita; pero no se la he oído á usted cantar hasta ahora.

Gascoigne le refirió la procedencia de la música, y lo que le había dicho el señor Hicks, añadiendo:

—Estoy resuelto á ver á esa muchacha si puedo. Hicks habla bastante regular-

mente el árabe; dígame usted que traduzca estas palabras: «No tema usted, la amo, no sé hablar su lengua», y me las ponga en un papel escritas como deben pronunciarse.

Juan se rió del capricho de Gascoigne, y le dijo que no conduciría á nada.

—Quizás no—contestó Gascoigne—, y no me importaría si esa muchacha no hubiera cantado tan perfectamente. Creo que el camino de mi corazón es el oído; sin embargo, probaré esta noche, y en breve veremos si es una joven tan sensible como supongo. Volvamos á casa; estoy cansado de ver mujeres tapadas hasta los ojos y hombres cubiertos hasta las cejas con trapos sucios.

Al entrar en la casa oyeron un altercado entre el señor y la señorita Hicks.

—Nunca daré mi consentimiento, Julia; uno de esos guardias marinas á quien pones mal gesto, vale tanto como una docena de Hoggs (1).

—Si supiéramos el precio de un cerdo en este país—observó Juan—, podríamos calcular nuestro exacto valor, Gascoigne.

—Un cerdo aquí es un animal impuro; por consiguiente, no puede valer...

—Silencio—dijo Juan.

—Yo soy dueña de mi mano y de mis bienes—contestó la señorita Julia—, y puedo hacer lo que me parezca.

—No lo harás, Julia—replicó su hermano—, porque considero de mi deber impedir que hagas un enlace inconveniente, y como soy aquí el representante de S. M., no te concederé la licencia para casarte con ese joven.

—¡Misericordia!—dijo Gascoigne—. ¡El representante de S. M.!

—Yo no te pido tu consentimiento—contestó Julia.

(1) Hogg significa cerdo, además de poder ser apellido.

—Cierto; pero no podrás casarte sin él. Tú sabes que por mi situación aquí como uno de los individuos del Cuerpo diplomático, tengo gran influencia; prohibiré las amonestaciones; además, yo soy el único que podría casarte.

—Entonces me casaré fuera de aquí.

—¿Qué harás á bordo de un buque de transporte hasta que puedas casarte?

—Haré lo que me parezca, y te doy las gracias por tus insinuaciones poco delicadas.

La dama salió del salón y se retiró á su cuarto. Entonces nuestros guardias marinas hicieron algún ruido al paso para anunciar su llegada. Encontraron al señor Hicks con cierto aire viceconsular; pero pronto se recobró, y habiéndose presentado en seguida el capitán Hogg, pasaron al comedor. Sin embargo, la señorita Julia no se presentó y el Sr. Hicks estuvo poco atento con el capitán; pero poco después fué llamado á otro aposento, y los jóvenes pasaron á la oficina para proporcionar á los amantes la ocasión de encontrarse á solas. Oyeron que hablaban en voz baja y en tono confidencial.

—Veamos lo que pasa—dijo Gascoigne á Juan; y procuraron no hacer ruido para oír lo que hablaban.

El capitán Hogg pedía á Julia un rizo de sus cabellos; Julia deshizo sus trenzas de oro, y tomando unas tijeras que había sobre una mesa, cortó un gran mechón de su cabello que presentó al capitán; el mechón tenía por lo menos pie y medio de largo y una pulgada de circunferencia. El capitán le tomó en su mano y lo introdujo en lo interior del chaleco; pero apenas cabía sin que se viese, hasta que al fin logró rodearle á la cintura como un cable.

—Es una muchacha muy liberal — observó Juan —; no quiere dar nada al por

menor, sino por arrobas. Aquí llega el Sr. Hicks; démosles el alerta; me gusta ese Hogg, y pues que á ella le gusta también el jamón, lo tendrá; yo procuraré que lo obtenga.

Aquella noche Gascoigne subió á la azotea, y después de haber esperado algún rato, oyó repetir la misma canción del día anterior. Esperó hasta que concluyese, y después, en tono muy bajo, la cantó también con las palabras que había arreglado para ella. Por algún tiempo todo estuvo en silencio; después comenzó de nuevo la canción en la otra azotea, pero ya con distinta música. Gascoigne esperó hasta que la nueva canción fué repetida varias veces, y aprovechándose de su buena voz de tenor, cantó otra vez la canción primera. Los ecos resonaron en el silencio de la noche, y esperó; mas en vano: la dulce voz de mujer no volvió á oírse, y Gascoigne tuvo que retirarse á descansar.

Esto continuó por espacio de tres ó cuatro noches. A la quinta noche oyó la canción, y respondiendo nuestro guardia marina á ella, volvió á cantar otra hasta que las cantó todas, esperando cada vez la respuesta. La pared que dividía las azoteas no tenía más que ocho pies de altura. Gascoigne determinó, con auxilio de Juan, ver á la cantante desconocida. Pidió al capitán Hogg que le diese unas cuantas varas de cable de á pulgada, y con cuatro palos que encontró en la azotea y que se empleaban para secar la ropa lavada, hizo una escalera, fijándola sin ruido contra la pared y teniéndolo dispuesto todo para la noche. Era una hermosa noche de luna cuando subió á la azotea acompañado de Juan.

La vecina cantó de nuevo; Gascoigne repitió su canción, subiendo en seguida la escalera sostenida por Juan y asoman-

do la cabeza sobre la pared. Entonces vió una joven mora magníficamente vestida, recostada en una otomana con los ojos fijos en la luna, cuyos rasgos le permitieron observar que era muy bella. Parecía perdida en contemplaciones; Gascoigne hubiera dado cualquier cosa por adivinar sus pensamientos. Satisfecho con lo que había visto, bajó y, cantando una de las canciones que había aprendido, repitió con ella estas palabras: «No tema usted, la amo, no sé hablar su lengua». Después cantó otra canción, y cuando la hubo concluído, repitió las mismas palabras en árabe; pero no tuvo respuesta. Cantó una tercera canción, y repitió las mismas palabras, hasta que al fin oyó una respuesta en lengua franca.

—¿Habla usted esta lengua?

—Sí — contestó Gascoigne—; la hablo. Alá sea loado. Pero no tema usted, la amo.

—¿Quién es usted? No le conozco; usted no es árabe.

—No; pero será lo que usted quiera; soy oficial inglés.

A esta respuesta de Gascoigne medió una pausa.

—¿Me desprecia usted? — dijo Gascoigne.

—No, no le desprecio; pero no es usted de mi pueblo ni de mi tierra; no me hable usted más, porque podría ser oído.

— Obedezco — contestó Gascoigne—, pues que usted lo manda; pero desearé con ansia que llegue la noche de mañana. Voy á soñar con usted; que Alá la proteja.

—Qué poético ha estado usted en su lenguaje—dijo Juan cuando bajaron á su cuarto.

—Es que he leído los cuentos de las *Mil y una noches*. No he visto en mi vida unos ojos tan hermosos; es un hurí.

—¿Es tan hermosa como Inés?, Gascoigne.

—Dos veces más hermosa vista á la luz de la luna.

—Todo eso pasará amigo mío, porque no puede conducir á nada.

—No pasará si yo puedo.

—¡Cómo, Gascoigne! ¿Qué haría usted con una esposa?

—Exactamente lo que usted, Juan.

—Lo que quiero decir, mi querido Gascoigne, es que si tiene usted medios para casarse.

—No, mientras mi padre viva; pero tiene algún caudal en fondos públicos, y un día me dijo que podría esperar una herencia de tres mil libras. Pero usted sabe que tengo hermanos.

—Y antes que llegue usted á entrar en posesión de las tres mil libras, puede usted tener tres mil hijos.

—Mucha familia es esa, Juan— contestó Gascoigne rompiendo á reír, en cuya risa le acompañó Juan.

—Ya sabe usted que lo que yo quería era argüir sobre ese punto.

—Lo sé, Juan; pero pienso que estamos contando nuestros pollos antes que la gallina ponga los huevos, lo cual es una tontería.

—En todos los casos, menos cuando se trata del matrimonio.

—Juan, veo que va usted haciéndose sensible y muy prudente.

—Yo para mí soy loco; pero soy prudente y juicioso para mis amigos. Buenas noches.

Pero Juan no se fué á dormir

—No debo permitir — se dijo á sí mismo— que Gascoigne cómeta una locura tan grande. Casarse con una muchacha como ésta, no teniendo más que la paga de guardia marina, sería lo mismo que cortarse la cabeza.

Como Juan había dicho, era juicioso para sus amigos y tan generoso que jamás reservaba nada de su juicio para sí propio.

La señorita Julia Hicks, como antes hemos observado, ponía las modas en Tetuán, y su manera de vestir era bastante elegante. Las mujeres moras llevaban grandes velos, ó llámense como se quiera. Lo cierto es que estos velos descendían desde la cabeza hasta los talones, cubriendo todo el cuerpo y dejando sólo un agujero junto á un ojo para ver por él.

Ahora bien; la señorita Hicks encontró esta moda mucho más conveniente que la del sombrero, porque así podía andar al sol sin tostarse su hermoso cutis y mirar á todo el mundo y todas las cosas, sin que pudiesen verla.

Nunca salía sin uno de esos grandes mantos compuesto de muchas varas de fina muselina. Su vestido en casa era generalmente de sarga de colores, porque habiendo llegado un día al puerto, durante la vida de su padre, un pequeño buque cargado de gran cantidad de géneros sin marca inglesa, y como el buque había salido de los puertos de Inglaterra, el vicecónsul trató de averiguar por qué medios había venido tal género á manos del capitán. Citó á éste á presencia del gobernador; pero se arregló el negocio recibiendo el vicecónsul una cuarta parte del cargamento en fardos de sedas y muselinas.

La señorita Hicks tenía multitud de vestidos de sarga azul, verde y amarilla que, cubiertos con el manto de muselina blanca, le hacían visible en todas partes; y no había un perro en Tetuán que no conociese á la hermana del vicecónsul.

Ocurrió á Juan, viendo á Gascoigne resuelto á llevar adelante sus amores, que en caso de sorpresa podría disfrazarse

tomando la apariencia de la señorita Hicks; y á la mañana siguiente lo propuso á Gascoigne, que aprobó la idea.

Durante el día, mientras la señorita Hicks estaba conversando con el capitán Hogg, Juan logró tomar uno de sus vestidos y un manto de muselina.

Cuando Gascoigne subió á la azotea á la siguiente noche se puso el traje de la señorita Hicks y con él parecía exactamente la hermana del vicecónsul, aunque era un poco más alto. Esperó que la joven mora cantase; pero no cantó; subió por la escalera, miró al otro lado y observó que Azar estaba reclinada en un sofá y sumida en profundas meditaciones. La cabeza de Gascoigne, envuelta en la muselina, hirió su vista, y la joven dió un débil grito.

—No tema usted, señorita — dijo Gascoigne—; no es la primera vez que he visto ese hermoso rostro. Deseo una compañera; ¡qué no daría yo por estar sentado á su lado! Es verdad que no soy de su ley, pero de aquí no se sigue que no debamos amarnos uno á otro.

La joven mora iba á contestar cuando Gascoigne recibió una respuesta de quien no esperaba. Era del mismo padre de la joven que, habiendo oído gritar á su hija, había subido inmediatamente á la azotea.

—¿Quiere la azucena blanca mezclar sus perfumes con la oscura violeta?— preguntó; porque había visto muchas veces á la hermana del vicecónsul y se imaginaba que ella era la que había subido á la azotea y estaba hablando con su hija.

Gascoigne tuvo bastante presencia de ánimo para aprovecharse de aquella feliz equivocación.

—Estoy sola, digno señor — contestó Gascoigne rebozándose la cara con el manto—, y deseo conversar con alguna compañera. El canto del ruiseñor que

CURIOSIDADES

EL LENGUAJE DE LAS HORMIGAS

TENEN lenguaje propio las hormigas? He aquí una pregunta que se han hecho muchos sabios.

Y aunque todavía ninguno ha llegado á percibir las notas de ese idioma, créese que las laboriosas hormigas se hablan unas á otras y se cuentan sus aventuras.

Lo cierto es que las hormigas, no sólo se reconocen entre sí, sino que están dotadas de un instinto muy superior al nuestro.

Nada tan fácil para nosotros como reconocer á un chino ó á un negro entre multitud de españoles. Pero ¿quién es capaz de distinguir en esa masa de personas cuál es catalán ó valenciano sin oírles hablar?

No ocurre lo propio á las hormigas, que por nada del mundo dejarán entrar en su hormiguero á otra de distinta nacionalidad.

¿Queréis verlo? Salgamos al campo, que hoy está la tarde deliciosa.

Observad aquellas hormigas que «andan á la greña». Es que una, expulsada tal vez de otro paraje por holgazana ó demasiado tragona, quiere introducirse solapadamente en casa ajena. Allí están las avanzadas prontas á impedirlo; y por si acaso la pujanza de la extranjera fuera tal que pudiese exterminar á quienes pelean en defensa de su terruño, la

centinela, con las antenas preparadas, espera en la puerta de la casa la acometida. Y tened por seguro que la invasora habrá de pasar «por encima de su cadáver» si quiere llevar á cabo el allanamiento de morada.

¿Queréis otra prueba? No es muy humanitaria, pero á tales trances lleva el deseo de investigación que á veces es preciso sacrificar un cuerpo para salvar centenares de ellos.

Coged una hormiga de esas que véis por aquí. Llevémosla á alguna distancia. A ciento ó doscientos metros. Introducidla ahora en ese hormiguero y esperad un poco.

¿La véis salir corriendo? Pues observad aún con que saña li persiguen las que están «empadronadas» en ese agujero.

El único defecto que tienen las hormigas es el de ser inhospitalarias. No hay nadie más enemigo de albergar en su casa á quien no nació en ella.

¿Es esto motivo suficiente para asegurar que las hormigas tienen idioma propio? No. Pero de deducción en deducción venimos á parar á la prueba irrefutable de que sí le poseen.

Vamos á realizarla. Coged esa hormiga, puesto que aquí no la quieren, y ya que la hemos martirizado un poco llevémosla á su



país, que en él hallaremos otra que nos dé la confirmación de lo que tratamos de investigar.

Ya hemos llegado. Ved esta que se afana por conducir ese grano de trigo, y que le conduce. Ahora la quito el grano y le pongo dentro de esta astillita. No puede con él ¿verdad? Dejádla obrar, que ella se ingeniará de modo que no se quede aquí lo que acaso constituye el alimento de una familia.

¿Me decís que se retira vencida? No, amigos míos. Esperad un poco y la veréis volver acompañada de esa familia á que antes me refería.

Ahí la tenéis: ya son cinco, y echando todas sus fuerzas van conduciendo el anhelado fruto hacia el granero.

¿Estáis convencidos de que tienen un lenguaje del cual se valió ésta para pedir ayuda? ¿Cabe una prueba más contundente de lo que os decía? ¿Hay forma mejor de reconocer la inmensa sabiduría del Supremo Ser que dotó á cada cual de medios para hacerse comprender por sus semejantes?

En las guerras que entre unas y otras familias sostienen algunas veces, de tal manera entienden las órdenes del general, que dejan en mantillas al mejor organizado ejército.

Otras muchas curiosidades os podré contar de las hormigas si no os disgustan estas cosas, que encierran en el fondo provechosas enseñanzas.

M.

LA NASALINA (historieta muda)



NUESTRAS REFORMAS. Fieles á nuestros propósitos de mejorar más cada día la parte material de nuestra Revista, muy pronto comenzaremos á publicar la cubierta en colores y con un dibujo distinto en cada una. El esfuerzo que esto supone de nuestra parte, creemos que sabrán apreciarlo nuestros lectores. Además de esta mejora y de las otras proyectadas, en fin de año regalaremos á nuestros suscriptores unas bonitas tapas y el índice para que puedan encuadernar *Rosa y Azul*.



(CUENTO INVEROSÍMIL) (1)

TODAS las tardes, después de la salida del colegio, mi amigo Rogelio y yo nos entreteníamos con *Perico*, un borriquito que mis padres compraron en la feria; y aunque la tarde de mi invento estaba mi amigo castigado por no saberse la lección de Geografía, seguro de que mi idea sería acogida por él con entusiasmo, comencé á hacer los preparativos, para, de sernos posible, llevarla á efecto en la tarde del día siguiente.

Después de tres horas de trabajo, construí dos grandes cometas que dejé apoyadas en la tapia del jardín hasta el día siguiente. Al brillar el día empecé á vestirme para ir al colegio y contar á mi amigo lo que tenía pensado.

Terminamos la clase y nos dirigimos á mi casa, donde íbamos á realizar mi idea. Estábamos solos mi amigo y yo, y trabajábamos sin cuidado.

Rogelio, sentado cerca del pozo, partía unas astillas para hacer lumbré, mientras yo colocaba en el lomo de *Perico* las alforjas que solían ponerle cuando tenía que acarrear el agua desde el río.

¡Pobre animal! Qué ajeno estaba de la fechoría que le íbamos á hacer. Acostumbrado á quedarse solo en la cuadra, parecía que se encontraba satisfecho con nuestra compañía.

(1) Creemos que nuestros lectores sabrán hallar en este cuento el propósito que animó al autor al escribirle.

Después que hubo terminado Rogelio de hacer la cola, pegamos las enormes cometas en los dos costados del borrico, se las sujetamos, para más seguridad, á las patas, y á la media hora le hice correr por el patio, mientras Rogelio, subido en el pozo, sujetaba las cuerdas que unían las dos cometas.

Pocas pruebas hicimos para notar que *Perico* se mantenía en el aire, y animado con esto, me agarré á las alforjas y le hice atravesar el corral con rapidez. Jamás pude pensar cosa peor; arrastrados por una corriente de aire nos elevamos á unos veinte metros, siendo inútiles los esfuerzos que Rogelio hacía para detener nuestra marcha por el aire.

Miré hacia abajo, y viendo la distancia que me separaba del suelo y el riesgo que corría mi vida si continuaba colgado de las alforjas, me metí dentro de una de ellas y elevé mi alma á Dios, como único consuelo que me quedaba.

¡Qué horas de angustia! ¡Nunca me olvidaré del terror que me causaban!

Terminadas las pocas provisiones que en viaje tan inesperado pudiera llevar, se cerra-

reron mis ojos, y por siempre lo estarían si la divina Providencia no hubiera hecho que *Perico* se enganchara una alforja en el pico de la montaña de un planeta, que, gracias á las explicaciones del maestro, y á la posición que ocupaba en el espacio, adiviné su nombre; estábamos en Mercurio.

Los habitantes de este planeta nos hicieron volver á la vida, dándome el alimento necesario, y á medida que recobraba mis fuerzas, me veía rodeado de seres tan diferentes á mí, que dudaba fuesen personas; les oía hablar y observaba sus movimientos, causándome cada vez más espanto.

Abrió camino entre la multitud una carroza artísticamente engalanada con flores y cintas. De ella se bajó un hombre que, por las vestiduras y las cortesías que los demás hacían á su paso, me pareció el rey; acercándose fijó su vista en mi desmayado cuerpo, y dando una voz á los que le acompañaban, me colocaron en aquella lujosa carroza. Seguido de la multitud, que gritaba despavorida, empezó á correr el coche hasta llegar á una ciudad que fué lo que me causó más asombro de todo cuanto vi.

Los hermosos palacios que la formaban estaban contruídos con paredes y techos de cristal, y flotaban en el agua adornados por gigantescas plantas que cubrían sus muros.

Conducido en una barca á uno de los más suntuosos palacios, estuve expuesto durante una semana ante aquellos seres, que se agolpaban por verme.

Un día abrieron la puerta de mi habitación, me embarcaron en el mismo carruaje en que había llegado y me condujeron á un campo donde me aguardaba la multitud.

Escoltado por los que me acompañaban llegué al centro del campo, en el cual vi dos enormes planchas que, sujetas á dos grúas, se enrojecían por las llamas de las hogueras que ardían debajo.

Al ve: esto comprendí mi destino, y á pe-

sar de lo terrible agradecía á Dios que pusiera fin á mis sufrimientos.

Después de largo rato, durante el cual se hacían los honores acostumbrados por aquella gente antes de dar el terrible fin á los condenados, trajeron á *Perico*, y dando vuelta á la grúa de donde colgaba la plancha más candente, dejáronla caer poco á poco sobre el pobre animal, que hacía grandes esfuerzos para romper las ligaduras que le sujetaban. Temblaba mi cuerpo al pensar que pronto se iba á repetir conmigo igual escena.

Al oír sonar las cadenas encima de mi cabeza, creí morirme antes de notar el calor de la plancha. La oía bajar poco á poco, y cerré los ojos para pedir con más terror á Dios tuviera clemencia...

La muchedumbre ponía su vista en mí. Empecé á sentir un calor que aumentaba poco á poco. Cerré de nuevo los ojos, y con el pensamiento puesto en Dios y en mis padres, dejé que transcurrieran mis últimos instantes...

Un calor fuerte sentía en mi cerebro; la gente aguardaba con ansia el momento supremo, y cuando creí que la plancha iba á caer sobre mi cabeza... sentí que movían mi cama, abrí los ojos y vi á Carmen que me decía:

—Despiértate, chico, que luego el maestro te riñe si vas tarde al colegio.

Sentado en la cama me frotaba los ojos pensando en todo lo que me había pasado durante mi sueño.

Después que tomé el chocolate no quise marcharme al colegio sin antes hacer una visita á mi compañero de aquel estrambótico viaje.

Al entrar en el corral, *Perico* se levantó asustado del suelo, y yo dije para mí:

—¿Si habrá soñado él también?

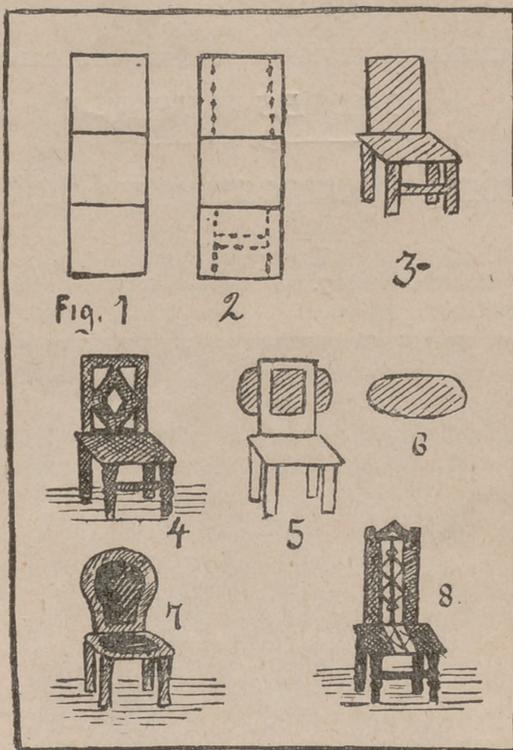
ENTRETENIMIENTOS INFANTILES

SILLAS ECONÓMICAS (1)

AL leer el título de este entretenimiento, no vayáis á figuraros que pintar es como querer y lo paséis por alto. Nada más fácil que construir una sillería de muñecas por este sistema, y con más ó menos perfección todos podéis hacerla y distraeros agradablemente aunque no sea más que unos minutos. Para la primera silla, la más fácil, que os servirá de base para las demás, sólo necesitáis un pliego de cartón ó de una cartulina fuerte, de donde cortaréis un cuadrado de 9 centímetros de largo por 3 de ancho, y lo dividiréis con un lápiz en tres partes iguales, como veréis en la figura 1.^a del grabado; una vez hecho esto os será muy fácil cortar á ojo, con unas tijeras pequeñas, lo que marcan los puntos en la figura 2.^a, y doblando después en sentido contrario el respaldo y las patas, esto es, las patas para atrás y el respaldo hacia delante, habréis obtenido la figura 3.^a, que como véis es una silla de cocina.

La figura 4.^a la conseguiréis por el mismo procedimiento, pero habéis de hacerle unos cortes á capricho en el respaldo y lo mismo en las patas delanteras, y si por casualidad tenéis unos lápices de colores ó una cajita de pinturas, que no suelen faltar en las casas donde hay niños, y la pintáis de color de chocolate, os resultará una bonita silla de comedor. La figura 7.^a es una de esas sillas antiguas, de gabinete ó despacho, que vuelven á estar en moda. Aunque os parezca casi imposible, es como la primera que habéis hecho; solamente hay que agrandarle el respaldo para poder darle otra hechura. A fin de que no tengáis que usar goma, pues seguramente mancharíais cuanto tuviérais al-

rededor, haréis en el respaldo dos especie de ojales, y como si pasarais una cinta por un encaje introduciréis la figura 6.^a por las dos ranuras de modo que os resulte la figura 5.^a Una vez agrandado el respaldo sin necesidad de goma, tenéis hecho lo más difícil de la figura 7.^a, y sólo os falta para su complemento recortarla á capricho, imitando el grabado, y pintarla después, también á vuestro gusto.



(1) Hemos visto las sillas construídas por la señorita Nieves Campa, y resultan muy bonitas y á propósito para adornar casas de muñecas.

Sabiendo hacer tres clases de sillas, y pudiendo variar el tamaño é introduciendo en ellas todas las innovaciones que os dé la gana, me parece que podéis daros por contentos; pero si hay alguno entre vosotros con más ánimos y algunas nociones de dibujo, podrá hacer fácilmente la figura 8.^a, que es una elegante silla de sala, sin más que dejarle bastante más alto el respaldo y pintarla después lo mejor que sepáis.

Comprendiendo la explicación, fijándoos

en el grabado y con un poco de paciencia, lograréis una sillería que, ya que no tenga macho mérito, os habrá entretenido mientras la hayáis hecho, y en lugar de achuchar al gato, cazar moscas ú otra ocupación por el estilo, que nunca sientan bien á un niño fino, habréis estado un rato siquiera tan quietos y sosegados como pocas veces lograrán veros vuestros padres.

NIEVES CAMPA.

HOMBRES ILUSTRES

D. Ramón de Campoamor y Campoosorio

Nació D. Ramón de Campoamor en Navia (Asturias), el 24 de Septiembre de 1817. Sus padres, D. Miguel y doña Manuela, nobles acomodados de aquel país, deseando que adquiriera una instrucción correspondiente á su clase, le enviaron al puerto de la Vega para que estudiase latín.

Desde este punto pasó á estudiar Filosofía á la ciudad de Santiago, y tras breve permanencia en dicha ciudad, se trasladó á Madrid, donde cursó Lógica en el convento de Santo Tomás bajo la dirección del sabio padre Manjón, y aprendió Matemáticas con el profesor D. Alejandro Bengoeches. Terminados los estudios de Filosofía, se aficionó á la Medicina, é ingresó como alumno en el Colegio de San Carlos, reci-

biendo lecciones de Anatomía y Fisiología del distinguido catedrático D. Tomás Corral y Oña. Era notable el gusto con que Campoamor estudiaba las ciencias médicas; pero herido en su amor propio por una censura, que él juzgó injusta, de un examen, dejó la Medicina y se dedicó á cultivar la literatura. Ya por aquel tiempo habían visto la luz pública algunas de sus poesías notables.

Dirigido por don José de Espronceda, y conociendo la imprescindible necesidad de buenos estudios preliminares, concurrió el joven poeta á la Biblioteca Nacional, y en ella, durante largo tiempo y por espacio de cinco horas diarias, estudió las obras de nuestros autores clásicos y muchas otras que creía conveniente



para hacer mayor el caudal de sus conocimientos. Mientras tanto, en el Liceo Artístico y otros Centros literarios era conocido como poeta, y en 1840 el mismo Liceo publicó un tomo de poesías de su joven socio.

Este libro fué justamente elogiado por toda la prensa, que también juzgó favorablemente, dos años después, otro libro de *Fábulas*. Por el mismo año de 1842, la casa Boix editó un tomo de poesías, tituladas *Los ayes del alma*, obra muy bien recibida por el público.

Extraño hasta entonces en la política, Campoamor dió á conocer sus opiniones por primera vez, cuando la reina doña Cristina fué desterrada en 1840, en una oda dedicada á esta señora y leída en una sesión del Liceo. Otra composición del mismo género dedicó á doña Cristina cuando ésta regresó á la Península. Cuando las Cortes reformaron la Constitución de 1837, Campoamor, entrando de lleno en la política, publicó una serie de cuadernos que tituló *Historia crítica de las Cortes reformadoras*, y que fijaron muy pronto la atención general. Como resultado de esta publicación, se confió á Campoamor una parte importante en la redacción de *El Español*. Al mismo tiempo, los diarios de Madrid, y especialmente el *Heraldo*, dieron á conocer un gran número de composiciones poéticas de Campoamor, tituladas *Doloras*, entre ellas: *La dicha en la muerte*, *Porvenir de las almas*, *La opinión* y *La fe y la razón*.

En los comienzos del año 1840 fué nombrado auxiliar del Consejo Real en la clase de segundos, y poco tiempo después ascendió á la de primeros. Por esta época publicó su *Filosofía de las leyes*.

Más tarde fué jefe político de Castellón, gobernador de las provincias de Alicante y Valencia (1854) y oficial primero de Secretaría del Ministerio de Hacienda, distin-

guiéndose en el ejercicio de estos cargos como correspondía á su capacidad.

El 3 de Octubre de 1861 fué elegido miembro de la Academia Española, en reemplazo de D. José del Castillo y Ayensa. Tomó posesión de dicho cargo el 9 de Marzo de 1852, leyendo el día de su recepción un discurso notable, en el que desenvolvió la tesis de que la *Metafísica limpia, fija y da esplendor al lenguaje*.

Por premio á sus consecuencias, la Restauración le condujo á la Dirección general de Beneficencia y Sanidad, y le dió una plaza en el Consejo de Estado. Además, representó á las islas Canarias y fué corresponsal de *La Epoca*, de Santiago de Chile.

En Octubre de 1900 dejó de existir don Ramón de Campoamor en la Corte.

Entre sus obras más notables se encuentran las siguientes: *El honor* (comedia en tres actos y en verso), *Guerra á la guerra* (dolora dramática en un acto y en verso), *El palacio de la verdad* (dolora dramática en tres actos y en verso), *Cuerdos y locos* (comedia en tres actos y en verso), *Historia crítica de las Cortes reformadoras* (en prosa), *Filosofía de las leyes* (id.), *Polémicas con la democracia* (id.), *El personalismo* (id.), *Lo absoluto* (id.) y las fábulas: *La mona, el mono y el loro*, *No hay dicha en la tierra*, *El concierto de las campanas*, *El chico, el mulo y el gato*, *Los padres y los hijos* y *La col y la rosa*. Entre sus poemas, merecen citarse: *¡Qué bueno es Dios!*, *Un drama universal*, *Colón* y *El tren expreso*.

La patria ha perdido en D. Ramón de Campoamor un famoso escritor y un virtuoso ciudadano.

En la otra vida habrá encontrado, en la felicidad de los justos, el reposo que merecían su vida honrada y los trabajos que hizo por el bien de su patria.

ANGEL GARCÍA MARTÍN.

CORRESPONDENCIA

Rafael Adúa.—Valencia.—¿Qué quiere usted que haga yo con un trabajo en que me encuentro: *trabajador, pobres, convencido, herán, hir, honrradex* y otras muchas cosas así? El pensamiento es noble, pero... ¡hay tantos *gazapos!*... Estudie, estudie mucho.

Concha y Luis Rivas.—Madrid.—Ya irán saliendo sus trabajos.

José Rodríguez.—(¿:).—No publicamos por ahora

pasatiempos ilustrados; lo haremos más adelante. La adivinanza la saben hasta los niños de un año.

Augusto Malvechy.—Sarría.—Muy bien las soluciones.

Antonio Lobit.—Orense.—Se publicarán. Muchas gracias por lo otro que me dice.

Eduardo de la Torre.—Cazorla.—Entra en turno la charada.

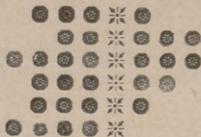
Cristóbal Lagunas.—Madrid.—La carta está bien, pero á estas alturas quisiera yo que lo hiciesen ustedes un poquitín mejor.



CHARADA por Juan Cano Maresco.

Prima prima la mujer;
mi *dos* nota musical;
artículo mi *tercera*;
y el *todo* un nombre dará.

COMBINACIÓN por Vicente Más.



Reemplazad los puntos y estrellas por letras de modo que en cada línea horizontal se lea una cantidad, y la suma de todas es la que indica la vertical de estrellas.

TARJETA por Pompeyo Lozano.



Combinad las letras de esta tarjeta y halleréis el nombre y apellidos de un celebrado autor cómico.

CHARADA por Antonio Lobit.

Tiene *segunda segunda*
costumbre algo *prima prima*,
pues siendo gran fumador
toma el *todo* con delicia.

COMBINACIÓN SILÁBICA por José Castejón.

1. ^a	2. ^a	3. ^a	4. ^a	Puerto de España.
3. ^a	2. ^a			En provincias marítimas.
2. ^a	4. ^a			Título de señora.
3. ^a	4. ^a			Parte de un árbol.
2. ^a				Tiempo de verbo.

JEROGLÍFICO por Ignacio Rodrigo.

DIC
TA

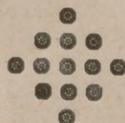
ADIVINANZA por Antonio Aguirre.

¿Cuál es la santa más fría.

FUGA DE VOCALES por José Granara.

L.s .sp.r.nz.s s.n b.l.l.s
l. m.sm. q. l. .l.b.r.d.
y s..nd. t.n b.l.l.s s..mpr.
l.s .sp.r.nz.s n.s m.t.n

ROMBO por Benito Garriga.

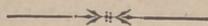


Sustituir los puntos por letras de modo que se lea horizontal y verticalmente: 1.º, vocal; 2.º, nombre de mujer; 3.º, diminutivo del mismo; 4.º, tiempo de verbo, y 5.º, vocal.

JEROGLÍFICO por Ignacio Sanchis.

Nota

Perro TA



SOLUCIONES

A la charada por F. Guerrero: ROSARIO.

A la fuga de consonantes por Carmita Alonso:

Llorando noches y días
doy á mis ojos enojos,
como si fueran mis ojos
causa de las penas mías.

Al jeroglífico por Enrique Ibáñez: ENRIQUE.

Al rombo por Isidoro Barrio Jordá:

L
L I S
L I N E A
S E R
A

A la tarjeta por S. Domínguez Tejedor: DE MALA RAZA.

Al logogrifo numérico por Mario Lanchó: CARPETA.

A la adivinanza por F. del Río: ALACRÁN.

A la combinación por Vicente Más:

L A B I O
M I E D O
B E R N A
P A R I S
N A V I O

A la charada por Manuel Caldeiro: CAMISA.

Al jeroglífico por I. Sanchis: CASAMIENTO.

A nuestros suscriptores

Terminando en 18 de Febrero las suscripciones hechas por un año, á contar del número 1.º, agradeceremos nos avisen los que deseen renovarlas. Para esto bastará enviar á la Administración una faja acompañada del importe.

MAESTRAS

OPOSICIONES PARA CÁTEDRAS DE NORMALES

(CIENCIAS Y LETRAS)

Y ESCUELAS PÚBLICAS

GRAN ACADEMIA DE ESCRIBANO
PONTEJOS, 1, 2.º IZQUIERDA

Con la cooperación de varios Doctores y Licenciados en Ciencias, Letras y Derecho, Profesores de Normales y Maestros por oposición, de las Escuelas públicas de Madrid.

Completa preparación en todas las asignaturas que comprenden los estudios de Maestra de 1.ª enseñanza.

Esta acreditada y conocida Academia no necesita de pomposos anuncios, pues goza ya de justo crédito.

Honorarios adelantados: 30 PESETAS MENSUALES.

Horas para ver al Director: de seis á ocho.

Para cualquier otro detalle, dirigirse á la Academia con sello para la contestación.

EMULSIÓN IODO-TÁNICA

MADEMOISELLE

Es la única de aceite de bacalao con iodo y tanino que existe en el mundo y la más recetada por las eminencias médicas españolas

En todas las farmacias.

OBRA NUEVA

R. P. ZAHM, dominico.

LA EVOLUCION Y EL DOGMA

Un tomo en 8.º francés, con esmerada encuadernación, 5 pesetas.

Pídase á la SOCIEDAD EDITORIAL ESPAÑOLA, San Roque, 18, Madrid.

FAMOSO METODO DE LECTURA

EL SIGLO DE LOS NINOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,2 ptas.
» 1.º (2.ª sección)	0,25 »
Pepe 1.º, lujo.....	0,50 »
Pepe 2.º ».....	0,50 »
Pepe 3.º ».....	0,75 »
Pepe 4.º ».....	1,00 »

Depósito general: Librería Escolar de Antonio Pérez, Bolsa, núm. 9. Madrid.

COLEGIO DE SAN ISIDRO

De primera y segunda enseñanza, incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros.
Espíritu Santo, 28, MADRID

Tos Ferina
 y toda clase de
LACTOFERINA
 del Dr. M. CALDEIRO
 5 pta. caja en todas las farmacias y
 a G. GARCIA-Capellanes 7-MADRID
 Por 8,50 pta. la remita el autor por correo
 PUERTA DEL SOL N.º 9
 MADRID.

LA PRIMERA CASA EN CHOCOLATES

BARQUILLO, 30.—MADRID

Géneros ultramarinos y del país.—Especialidad en quesos y conservas.

LA MAS HIGIENICA LA QUE MEJOR PESA

COLEGIO DE ALFONSO XIII

Antonio Grilo, núm. 8

MADRID

ADVERTENCIA

Tenemos algunas colecciones, muy pocas, encuadernadas del año 1904 (primero de la publicación de Rosa y Azul) al precio de 8 pesetas en Madrid, y 8,50 provincias.

Los que deseen alguna, pueden pedirla á estas oficinas, acompañando su importe en libranzas de Prensa, del Giro Mutuo ó Sobre Monedero.

Talleres de fotografado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

JOSE BREÑOSA, redactor artístico de ROSA y AZUL.—Lecciones de dibujo y modelado. Dirijan los avisos á la Administración de esta Revista.

LIBRERIA

DE

AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

Pídanse catálogos.



MADRES Existen cajas falsificadas de la Denticina que han imitado bien para sorprenderlos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 8 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con Perla Estomacal F. Moreno. Conocida en todo el orbe. Caja: 8,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.



Para anuncios en esta revista, diríjanse á

LA PRENSA

SOCIEDAD ANUNCIADORA

MAYOR, 1.—TELEFONO 123.—MADRID

PASTILLAS — con cocaína — BONDAL

Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granulaciones y afonía. Premladas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibacilar BONDAL, de thioceol-olnaminántrico-fosfo-glicérico

De acción segura en la tuberculosis, bronco neumonías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gripales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 8 PESETAS

ACANTHEA BONDAL. Poderoso agente para combatir la neurastenia, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor,

Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid